



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9685

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 15 DE FEBRERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.  
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

## PALILLO.

(COLABORACION INEDITA.)

Alegre, con esa alegría propia del que no piensa en el porvenir ni le preocupan las mentiras del mundo, se mostraba siempre agradable y risueño á cuantos le veían. Sus ojillos azules se volvían continuamente de un lado para otro sin fijarse siquiera por descuido en el objeto que tuviera más cerca de sí y sus piernecillas delgaditas y derechas gozaban de una inmovilidad tal, que fuera muy difícil precisar el tiempo que estuvieron en una misma posición.

De alma grande y generosa, impresionable á las más insignificantes desgracias de sus compañeros, era por estas bellas cualidades el más querido de todos los pequeños obreros de la fábrica, procurando de este modo la envidia de los que viciosos y holgazanes no supieron captarse el cariño y las simpatías de sus jefes.

El, no podía trabajar: la extrema debilidad de su cuerpo hacia que el rudo trabajo de los talleres se le hiciera insufrible, y eso que

su ocupación consistía en cuidar de los perros de la fábrica, andar de aquí para allá, haciendo contorsiones y gestos, cantando el último tango popular y excitando con sus chistes y ocurrencias la risa de los operarios y la compasión y tolerancia de los dueños que celebraban su innata gracia.

Apenas sonaba el pito que anunciaba las horas de descanso y la comida, el primero que desbarataba su atadillo y sacaba el almuerzo era él. Cuando sus compañeros llegaban y hacían la misma operación, nuestro héroe ya había terminado este, no obstante, compartían los demás con él su frugal comida y después de terminada les entretenía con chistosas ocurrencias, haciendo muchas veces retrasar la entrada al trabajo. Más de una vez le dijo el jefe de talleres:

—No sirves para nada, escualido, no haces otra operación que entretenernos después de la comida como el palillo de los dientes.

Hizo gracia el simil y desde aquel momento, en las oficinas, en los talleres, en todas partes no se le llamó más que Palillo y con Palillo se quedó.

Muy raras veces venían á la fábrica los hijos de los dueños, pero cuando lo hacían, Palillo les acompañaba, Palillo les entretenía y en Palillo veían ellos más que el sirviente leal y cariñoso, el compañero y amigo más estimado.

El les llevaba á ver andar las máquinas, al taller de oficiales, á los corrales, á las cuadras y al jardín donde se pasaban horas y horas ya haciendo preciosos ramos de flores que Palillo ofrecía á la señora, ya confeccionando vistosas y relucientes espadas de hoja de lata que luego hablan de servir para librar fieras batallas entre ellos mismos, y en las que, con buen sentido práctico no exento de miras egoístas elegía Palillo el puesto más humilde, el de corneta ó ranchero, como ellos decían.

Recorrían una tarde los talleres y galería de máquinas y paráronse delante de una máquina trituradora: ¿como llamó la atención de los niños aquellos dientes que partían el hierro con facilidad suma, como les sorprendió verle caer sobre el cogedor en fragmentos pequeños y luego, después de escogido convenientemente pasar á otra máquina que le convertía en arenitas limpias y menudas como las del mar! ¡Que bonito era todo esto! Luego, ver salir de la fundición enormes barrotes incandescentes que cogían los operarios con grandes tenazas y los hacían pasar por los laminadores que se iban estirando... estirando... hasta formar unas larguissimas culebrillas, unas culebrillas ardiendo! ¡Como serían las culebras del infierno!... y que después se enfriaban y arrolladas á un carrete, hechas alambre se vendían al peso. —¡Vaya unas culebras!— Decía Palillo.

Uno de los niños pensó poner entre los cilindros triturándose una bonita espada de hoja de lata.—¡qué polvos saldrían más bonitos... qué relucientes! ¡Oh! parecerían de plata! No osó comunicar tan atrevido pensamiento á sus amigos puesto lo hubieran impedido, pero así que vio que estos se hallaban distraídos metió entre los cilindros el arma...

Se oyó un grito... Palillo volvió la vista hácia la máquina... El niño asido á la empuñadura de la espada, rozaba ya casi con los dedos el temible engranaje. En un instante un brazo se interpuso separando al aterrado imprudentillo...

Casi al mismo tiempo resonó en toda la fábrica un lamento desgarrador: paralizáronse todos los trabajos, los obreros acudieron al lugar de donde partió la exclamación y vieron con horror el cuerpo de Palillo tendido en el suelo, ensangrentado, con un brazo destrozado, mutilado hasta el extremo de ser mas bien una informe masa de carne. La máquina, allí estaba con los

dientes abiertos, llenos de sangre, con carne pegada á sus afiladas puntas; parecía la boca de un monstruo riéndose con sarcasmo de un fiereza.

Cojieron al infeliz muchacho y casi exánime fué trasladado á la botica mas próxima, allí le hicieron la primera cura y por necesitarlo, su mal estado, pasó despues á un hospital, donde le amputaron el brazo.

A los tres meses volvió Palillo de la fábrica. Su primer visita fué para la trituradora... ya estaba limpia, ya no quedaban residuos de su cuerpo en aquella máquina infernal.

Desde entonces sigue en la fábrica y hoy se vé á Palillo como antes, siempre jovial, gracioso hasta lo inverosímil; ni aun recordándole el desgraciado accidente se vé la tristeza en su cara: corre y salta como si nada le faltara... ¡Ya no le dice el jefe de talleres que no sirve para nada...!

Nicanor Rodriguez de Celis.  
(Prohibida la reproducción.)

## TIJERETAZOS

Cencerrito, aquel célebre bandido que no hace mucho cometió dos crímenes de un golpe en un cortijo de la provincia de Cádiz, ha formado ya su partida que la componen seis hombres á caballo.

Seis y él siete.  
Volveremos á los tiempos de los niños de Ecija.  
¿Hay quien apueste?

La chiquillería desocupada, esa que no va á la escuela ni al taller, ni á ninguna parte buena, sigue adiestrándose en el manejo de la honda.

¡Angelitos!  
¿Cómo van preparándose para la batalla del domingo!

La guardia municipal sigue denunciando á los vecinos que convierten las calles en vertideros públicos.

Un día denuncia seis; otro nueve y al día siguiente una docena.

O las multas no se hacen efectivas ó da gusto pagarlas.

Por que de otro modo no se comprende que aumente en esa progresión el número de multados.

¿Y qué tienen ustedes que decir de los vendedores atabulantes que usan pesas del sistema antiguo?

Por supuesto, faltas.  
El día que no pesa una denuncia sobre uno, es por que pesa sobre dos.

Si con las pesas recogidas se hubiera hecho un depósito de hierro viejo habría á estas horas bastantes para el material de hierro que se necesita en la construcción de la nueva casa municipal.

Dice «El Carbayón» que los maestros de Cangas de Onís están diez meses sin cobrar.

¿Diez meses y se quejan?  
A ver, que le formen sumaria á esos maestros.

¿Si se creerán que aquí puede cada uno pedir lo suyo?

Dice un periódico de Oriedo: «Se halla en poder de D. Angel Rendas y D. Félix Flores, vecinos respectivamente de Colombillo y Pumar, una yegua y un caballo.»

Pues no tenga cuidado el colega que no pasará nada.

Precisamente esa es una noticia que á nadie le importa.

¿Que tiene un caballo D. Fulano?  
Pues que le aproveche.  
Y lo mismo el de la yegua.

La Cámara de diputados de Francia ha dado principio á la discusión del proyecto elevando los derechos sobre los trigos.

¡Adiós mi dinero.  
Allí se hunden Cromstand y Tolón, se va á pique el almirante Avellan y se hace girones la alianza dúplica.

Pero, eso sí: valdrá un perro chico más la fanega de trigo.

Que es á lo que tiran los agricultores franceses.

Dice un periódico que es inexacto que el gobierno italiano trate de reducir los intereses de la deuda.

Mayor que eso será anular ésta.

EL ULTIMO MOHICANO.

243

los campos. Por otra parte, nuestra noche pasará pronto, pues es necesario que nos pongamos de nuevo en marcha cuando salga la luna. Recuerdo haberme batido con los Maguas aquí en estas cercanías, en la primera guerra en que hice correr sangre humana. Construimos en este sitio una especie de fortín con troncos de árboles para defender nuestras cabelleras; si mi memoria no me engaña, debemos encontrarlo á muy poca distancia hácia la izquierda.

Sin esperar contestación el cazador volvió rápidamente hácia la izquierda, y entró en un espeso bosque de castaños. Separaba las ramas bajas como persona que espera á cada paso descubrir el objeto que busca. Sus recuerdos no lo engañaban, porque despues de haber andado doscientos ó trescientos pasos por en medio de malezas y zarzales que le impedían la marcha, penetró en un claro, en el cual se veía un cerro cubierto de verdor, y coronado por el edificio en cuestión, descuidado y abandonado desde hacía mucho tiempo.

Era una de esas edificaciones toscas, honradas con el nombre de fuertes, que se construían á la carrera cuando lo exigían las circunstancias, y en los que no se pensaba mas, cuando la necesidad había pasado. Caía en ruinas en la soledad del bosque, completamente abandonado y casi enteramente olvidado. Se encuentran con frecuencia en la gran barrera de las

242 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Lo mismo que el salvaje cuyo puesto había ocupado, el cazador parecía guiarse por secretos indicios que conocía él solo: caminaba siempre al mismo paso, y no titubeaba ni un momento. Una ojeada echada de paso al musgo de los árboles, una mirada dirigida hácia el sol que iba á ponerse, la vista de un arroyo, bastaban para hacerle comprender que no se había equivocado, y no le dejaban duda ninguna sobre el particular.

Mientras tanto, el bosque empezaba á perder sus ricos colores, y ese verde tan hermoso que había brillado todo el día sobre el follaje de sus bóvedas naturales, se cambiaba insensiblemente en un negro sombrío, bajo la luz indecisa que anuncia la aproximación de la noche.

En tanto que las dos hermanas trataban de percibir á través de los árboles algunos de los últimos rayos del astro que se ponía en toda su gloria, y que se bordaban con una franja de oro y púrpura una masa de nubes amontonadas encima de las montañas occidentales, el cazador se detuvo de pronto, y se volvió hácia los que le seguían.

—He ahí, dijo extendiendo el brazo hácia el cielo, la señal dada al hombre por la naturaleza para que busque el descanso y el alimento de que tiene necesidad. Obrará cnerdamente si obedeciese, tomando ejemplo de los pájaros del aire y de los animales de

EL ULTIMO MOHICANO.

239

á vuestro paladar que lo es esta agua al gaznate de un Piel-Roja, y sobre todo cuando se siente desfallecido, porque es fortificante en alto grado. Pero ya veo que Uncas ha concluido de preparar nuestro asado, y es tiempo de comer algo, pues nos queda mucho camino que andar.

Habiéndose interrumpido la conversación por esta brusca salida, Ojo de Halcón se dispuso á aprovechar los restos del cervato que habían escapado de la voracidad de los Hurones. La comida se sirvió sin más ceremonias que las que se emplearón para prepararla, y los dos Mohicanos y él saciaron su apetito, con ese silencio y esa prontitud que caracterizan á los hombres que solo piensan en ponerse en estado de entregarse á nuevos trabajos, y en soportar nuevas fatigas.

En cuanto terminaron aquel deber necesario, los tres vaciaron la calabaza llena del agua procedente de aquella fuente medicinal, entonces solitaria y silenciosa, y alrededor de la cual cincuenta años más tarde la hermosura, la riqueza y el talento de todo el norte de América, se reunían para buscar allí la distracción y la salud. (1)

Ojo de Halcón anunció enseguida que iban á po-

(1) Esta escena tenía lugar en el sitio en que se ha edificado despues el pueblo de Balliston, una de las principales estaciones de baños termiales de América.